

MARÍA
CRUZ **Poemas**
escogidos



Poesía



Editorial
Cultura

OBRA DE DOMINIO PÚBLICO

Ilustración de portada: Martín Díaz Valdés
Edición al cuidado de Génesis Ramos
Editora en jefe: Denise Phe Funchal

Ministerio de Cultura y Deportes de Guatemala
Una publicación de Editorial Cultura 2023
editorialcultura@mcd.gob.gt

Poemas escogidos

MARÍA CRUZ

BIBLIOTECA DIGITAL EDITORIAL CULTURA

| 05 |

(...) para una mujer viajar sola es una proeza.

Poemas de
ALTAMAR

Selénica

Publicado en La Locomotora, revista guatemalteca.

Solitaria vagabunda, sempiterna peregrina,
Alma errante de la noche, del recuerdo y de la ruina,
Del ensueño deleznable tejedora contumaz,
Bebedora de infinito, maga lívida y silente
Que empapando las zozobras en albor delicuescente
En el pecho sublevado y oprimido viertes paz.

Si tu fluida luz de plata insinuándose despierta
Los reflejos adormidos en el alma oscura y yerta
Y un aciago sentimiento a tu insidia acude fiel,
Los suspiros lenes flotan aliviando el infortunio,
Le disuelven los sollozos al fulgor del plenilunio,
Y las lágrimas rebeldes corren mansas y sin hiel.

Corazones asfixiados de nostalgia y de tristeza
Se dilatan contemplando tu enigmática belleza,
Fascinados por tu intenso magnetismo ¡Selene!
Broche de ópalo viviente que entrecierras los arcanos,
Los misterios porque pugnan impotentes los humanos,
Y en sudarios luminosos amortajas lo que fue.

Cuán fatídica rielas en incógnitos profundos
Titilantes de luceros. De luceros... otros mundos.
¿Será siempre indescifrable el secreto sideral?
¿Quiénes somos y quién eres, y a qué vínculos nos ligas?
Para que ávida el espíritu abstraer así consigas
¿Qué recóndita influencia tienes tú sobre el mortal?

Tú has conseguido por doquiera el vaivén de mi fortuna,
Tú has mirado mis Alhambras desplomarse una por una,
Y piadosamente encantas su escondida soledad
Argentando los escombros y bruñendo la ceniza,
Meláncolica hechicera cuya lumbre cicatriza
Y nos deja vagamente presintir la eternidad.

Cuando emigra la esperanza, y el anhelo defraudado
Ve crecer como un desierto hoscamente ilimitado
El excidio irreparable que todo hombre lleva en sí,
Donde el cuero su ominoso «nunca más» terco repite,
Y el espíritu inconforme codicioso del desquite
Tras consuelos de ultratumba se enajena, luna, en ti.

Y por eso más que a Febo que ecandece los espacios
Rutilante en su cuadriga de rubíes y topacios
Dando vida al universo con la gloria de su faz,
A ti van las oraciones de mi mente visionaria,
Hechicera taciturna, milagrosa silenciaria
Que en ánimo turbado y oprimido viertes paz.

Navegando

Otra vez zarpó el navío y las costas se perdieron,
Los fulgores se apagaron y los lazos se rompieron;
¡El monótono sollozo de las olas me arrulló...!
Contemplé rostros extraños agitarse en torno mío
Como en un confuso sueño, y sonando en el vacío
Un rumor de extrañas voces vagamente me llegó.

Para mí de estas figuras hasta ayer desconocidas,
De estas voces extranjeras hoy por vez primera oídas,
¡Cuánta no será mañana cariñosa y familiar...!
Pasajeros, juntos vamos a apurar igual beleño,
A correr igual fortuna, a soñar un mismo sueño,
En el barco, nuestro mundo, que se pierde en altamar.

Recibiendo a un mismo tiempo unas mismas impresiones
Entre el mar y el cielo aislados se unirán los corazones
En un mismo sentimiento de fastidio o de placer,
Y en estrecha unión cruzando la tormenta o la bonanza,
Compartiendo como hermanos la zozobra o la esperanza,
¡Cuántos soles al ocaso miraremos descender...!

Mas sabiendo que ya en tierra nuestro rumbo es diferente,
Al llegar al fin del viaje, con sonrisa indiferente,
«Hasta nunca», nuestros labios prontos a decir;
De esas leves cosas idas no será el recuerdo suave
Más durable ni preciso que la estela de la nave
O el volar de las gaviotas en el cielo de zafir;

Y con otros compañeros, al rumor de nuevas olas,
Soñaremos que nos abren frescas flores sus corolas,
Que la dicha nos espera, que nos llama la ilusión,
Y que el puerto a do vayamos esté próximo o distante,
Bogaremos con la vista siempre fija hacia adelante,
Siempre limpia la mirada, siempre ileso el corazón.

¡Ay! de aquellos que el capricho del acaso junte un día
Y que olviden encantados en hermosa travesía
Que las horas son fugaces y las playas cerca están;
Porque solos un instante se han tenido de la mano
Abismándose en la inmensa soledad del océano
¡Sin pensar de dónde vienen, sin saber a dónde van...!

Que será forzoso en breve someterse a la partida,
A sentir dentro del alma desangrarse oculta herida
Y arrastrando por el mundo el horror del propio mal,
Escuchar de la añoranza el lamento desolado,
Y volver cobardemente la cabeza hacia el pasado
Para ver las flores muertas que dispersa el vendaval.

Marzo de 1906

La raquera

I

La tempestad acalla su bramido;
El mar sosiega sus furentes olas;
Enflorecen el cielo oscurecido
Margaritas de diáfanas corolas;

El luciente escarceo adormecido
Despedaza argentadas aureolas;
La brisa como el eco de un quejido
En la playa desierta gime a solas.

En los rayos algentes de la luna
Que endiamantan la arena de la duna
Y quiebran su furor en el alfaque

Donde arrojados por los vientos recios
Entrechocan fluctuando oscuros pecios
La Musa dolorosa viene al raque...

II

En la nocturna soledad propicia
Entre el destrozo y la eversión afana
Do su mirada ardiente de codicia
Persigue rastros de agonía humana;

Sus hieráticas manos de patricia
Cuyo tacto exquisito no profana,
Acumula con mórbida delicia
Suspiro oculto y convulsión arcana;

Y completa su carga de amarguras
Tiende el vuelo a miríficas alturas,
A los reals del sueño y del encanto

Donde vienen las rimas a cogerla,
Donde es rubí la sangre, el llanto perla,
Ritmo el sollozo y la blasfemia canto.

Guatemala, octubre de 1907

En horas de tristeza

I

Mi corazón es roca solitaria
Perdida en altamar...
Tumultuosas oleadas de recuerdos
La azotan sin cesar...

Tumultuosas oleadas de recuerdos
¡La azotan sin cesar!...
La carcomen, la cavan y la agrietan
Y, al fin, la han de arrasar...

La carcomen, la cavan y la agrietan
¡Y, al fin, la han de arrasar!
Y nada quedará de aquella roca
Perdida en altamar...

Y nada quedará de aquella roca
¡Perdida en altamar...!
Pero entonces podré de la tortura
¡Acaso descansar!

II

En el fondo de mi alma hay un santuario
Do celebra en secreto cada día,
Algún triste, luctuoso aniversario,
La cruel memoria mía.

Con monótono acento funerario,
Salmodia allí mi negra fantasía,
De mis penas el lúgubre rosario,
La eterna letanía.

Al ritmo del fatídico rosario,
Con el recuerdo torcedor por guía
Mi corazón, que el mundo no desvía
¡La dolorosa vía!

Subiendo de recuerdos al calvario
Mi corazón, que en el mundo no desvía
Revive silencioso y solitario
Sus horas de agonía

III

Atravesando el piélago infinito
En las rápidas alas de los vientos,
Van mis tristes, mis negros pensamientos
A tierras que mis ojos ya no ven;
Y en esas tierras donde queda mi alma,
Buscan al hombre que lloró conmigo,
Y me prestó su corazón amigo
Para apoyar mi dolorida sien.

Hoy océano inmenso nos separa,
Por opuestos senderos caminamos,
A cada paso que en la ruta damos
Aumenta la distancia entre los dos:
Y querer descifrar es vano intento
Si a vernos volveremos en la vida,
Si aquella fue la eterna despedida
¡Si está ya dicho el postrimer adiós!

Para mí será ya sobre la tierra,
Cada día luctuoso aniversario,
Cada recuerdo adorno funerario
De la tumba en que está mi corazón;

Cada instante que pasa eslabón roto
De la cadena que al vivir me liga,
Toda esperanza traicionera amiga,
Todo querido ser falaz visión.

Por eso, sin temor al desengaño,
Mi alma tenaz, brumada de pesares,
Afrontará impasible los azares
De un mundo en el que apensas vive ya:
Quiere llegar indómita y serena
Al término fatal de su camino,
Que aura, cierzo, huracán o torbellino
La lleve hacia el ignoto más allá.

Cuando el azul del cielo palidece,
Cuando asoma el lucero de la tarde,
La campana con clamor doliente
Llamando a la oración desgarrar el aire;

Cuando las vagas indecisas sombras
Parece que en la tenue luz se pierden
Y se adivina que impalpables formas
Van poblando el crepúsculo que muere.

En la tumba de mi alma los espectros
de muertas, ignoradas ilusiones,
De fatídicos, trágicos recuerdos,
La losa funeral con fuerza rompan.

El séquito fantástico desfila
Ante mi mente absorta y angustiada
Leyendo de la historia de mi vida
Las enlutadas, indelebles páginas:
Y la región remota busco en vano,
En donde encuentra el corazón alivio
Donde duerman los días que pasaron
¡El sueño imperturbable del olvido!

Si, doquier que el ocaso palidezca
Y titile el lucero de la tarde,
Los trágicos fantasmas de horas muertas,
Levantán ¡ay! las losas sepulcrales.

Guatemala, noviembre de 1902

El guante

*Publicado en La Locomotora,
revista guatemalteca.*

Junto con mis reliquias más secretas
Y en un pañuelo, blanco relicario,
Donde nunca miradas indiscretas
Profanaran la fe de aquel santuario.

Yo conservaba un guante, un guante usado,
Un guante negro, que a la mente mía
De la sima profunda del pasado
Una faz melancólica traía.

Un guante que evocaba en mi memoria
La primer gota amarga de mi vida,
La primer hoja triste de mi historia,
El ¡ay! de la primera despedida;

Aquel solemne, vaporoso instante
En que al sentir la muerte en su aposento,
El pálido poeta agonizante
Me dijo adiós, con apagado acento.

Tendiéndome su mano descarnada,
Adiós por siempre, repitió mi hermano
Y su boca marchita y abrasada
Como un suspiro se posó en mi mano...

Ya no le vi; más desde aquel instante
Que hoy insensible y frío rememoro,
Piadosa conservé mi negro guante
Valioso para mí como un tesoro.

Sollozaba al mirarlo cada día,
Y abismándose en lúgubre embeleso
Hasta el fondo mi ser se estremecía
Al recordar el angustioso beso...

Cuando la muerte resolvió con saña
Entre otros lutos mi pesar primero,
Cuando al golpe brutal de su guadaña
En escombros cayó mi hogar entero,

Golondrina alirrota alcé mi vuelo
Creyendo que mi carga de dolores
Quedaba atrás en el extraño suelo
Do quedaban también tiempos mejores;

Inútilmente atravesé los mares,
Las penas me siguieron a porfía;
Dejando entre el montón de mis pesares
Sepultada esa tarde de agonía.

Mucho tiempo después, por accidente
Hallé aquel guante que veló el olvido
Y sólo entonces se volvió mi mente
Al lejano sendero recorrido.

Y escuché del adiós gemir los ecos,
Y vi unos ojos anegarse en llanto,
Pero mis ojos se quedaban secos;
¡Estaba roto el doloroso encanto!

Cual si nada evocara en mi existencia,
Contemplé mi reliquia del pasado,
Y la usé con la horrible indiferencia
De quien ya siente el corazón cansado.

Objeto sin valor ni privilegio
Va, recogiendo manchas, en el mundo,
Y por siempre ha borrado el sacrilegio
¡El beso del poeta moribundo!

Así también el roce de la vida
Profanó mis sublimes ideales,
La realidad inmunda y fementida
Me secó del amor los manantiales;

Mis pasiones más nobles y más puras,
Mis arranques más bellos y más santos,
Mis insólitas, cándidas locuras
Raudales de perennes desencantos.

Mis creencias de amor y de justicia
Mis ensueños magníficos y huraños,
Son recuerdos que mi alma desperdicia,
Son el inútil lujo de otros años.

Que mi guante reliquia profanada,
Siga sufriendo las impuras manos,
Y la flor del recuerdo marchitada
Vuelva del viento entre los pliegues vanos.

París, 10 de agosto de 1906

Al partir

Zarpó el buque, adiós dijeron los pañuelos y las manos,
el adiós desde la orilla repitieron mis hermanos...
El navío majestuoso lentamente se alejó.
En el cielo se borraron horizontes y riberas;
así en mi alma se borraron ilusiones y quimeras...
Sobre el mar y sobre mi alma densa noche descendió.

Sobre el mar lucirá el día, y del sol los resplandores
jugarán entre las olas formando haces de colores;
brillará mañana el cielo con su manto de turquí.
El navío vagabundo entrará quizás al puerto;
pero tú en el mar perdido quedas ¡ay! corazón muerto,
y la noche es, alma mía, ¡noche eterna para ti!

Vagarás sin tregua y sola en glacial región de nieblas,
anhelando vanamente en las lóbregas tinieblas
de las sombras impasibles, invisibles ir en pos;
corroída por ocultos, áureos sueños que abortaron,
por recuerdos que sangrientas, hondas huellas te dejaron,
obsediada por los ecos que doquier gimen ¡adiós!

¡Ah! si el tiempo fugaz corre, en su rápida carrera
nos arrastra, y mientras tanto cual imagen embustera
realidades e ilusiones van borrándose detrás.

Si es mentira lo pasado, lo presente ficción vana,
¿para qué buscar placeres irrisorios, que mañana
no serán sino un recuerdo añadido a los demás?

En la noche, el alma llena de congoja y desaliento,
rememora antiguas causas de pesar o de contento,
disipadas como el humo, para nunca más volver.
Y contemplo con espanto el trayecto recorrido,
no por mí, por una sombra exhumada del olvido
que hoy apenas reconozco y llevó mi nombre ayer.

Y angustiada me pregunto: ¿es la vida sólo un sueño?
Y cavilo, dudo, creo y vacilo, en loco empeño
el misterio tenebroso intentando elucidar...
En estériles combates mi cerebro se anonada,
y aguardando sigo inquieta, a la fuerza resignada,
¡qué la muerte al fin me venga a dormir o a despertar!

South Amplou, 6 de agosto de 1902

Descanso

Ya cesaron la lucha y el desvelo,
La duda suplicante y el afán,
Y abandono esfumándose en el cielo
Las últimas quimeras que se van.

Cual náufrago aventado en su desierto
Por la furia tremenda del ciclón,
Que en la tristeza adusta de aquel puerto
No viera sino amparo y salvación.

El corazón febril halla reposo.
Exhausto de agitarse y delirar
En un sopor insípido y brumoso
Que le finge sosiego y bienestar.

En un sopor insípido y brumoso
El paúl de letal emanación,
El vértigo que exhalan entre peñas
Abismo de terrífica atracción;

La violenta y sombría marejada
Que el barco no esperó vencer jamás;
La nube que estalló desenfrenada
Y el huracán feroz quedan atrás.

Y en la cumbre, a los lánguidos reflejos
De entremuriente luz crepuscular,
Contemplo de muy alto y de muy lejos
La cuesta hoscosa y el revuelto mar...

Qué importa si es el reino de las sombras
Y trasciende en sus brumas el ciprés
Y marcho sobre trágicas alfombras
De ensueños que murieron a mis pies.

Si evocando aquel hórrido conjunto
Que por milagro el ánimo salvó,
Cual siempre al corazón ¿sufres? pregunto
Y al fin el corazón contesta ¡«NO»!

Guatemala, 1907

Epílogo

Pero no, que no hay acaso sino leyes del destino
ni tropiezos caprichosos sino guardias del camino
que a los ciegos nos rechazan hacia el fin que debe ser.
Y si hay lágrimas y sangre pues brutal es el impulso
entre tanto que blasfema el espíritu convulso
que en su noche miserable se resiste a comprender.

La invisible providencia no abandona al ser humano;
ni un sollozo se disipa, ni un suspiro vuela en vano
ni una lágrima se pierde: todo es fuerza bajo el sol,
como el viento del desierto lleva el germen de las palmas
el dolor lleva gritos de unas almas a otras almas
que ignorándose aguardaban sobre el fuego del crisol.

Y después, cuando más tarde aprendamos en la vida
la razón de aquel encuentro y el por qué de aquella herida
regresamos a los sitios que escucharon nuestro adiós,
contemplamos ya seremos la corola marchitada
que a ribera más propicia arrojó la marejada
y evocando al compañero exclamamos ante Dios:

«Puesto que era necesario, para hacer en lo infinito mis anhelos despertaran la respuesta de su grito que en mi pecho se ensañara la inconsciencia de un puñal de toda alma te perdono. Perdonarte... más ¿qué digo? no es perdón lo que te debo: te respeto y te bendigo instrumento que cumpliste tu misión providencial».

Traducciones de poemas de
CHARLES BAUDELAIRE

Perfume exótico (Parfum éxotique)

Si cerrando los ojos te respiro
En las tardes de otoño calurosas,
radiantes por monótono sol,
miro extenderse ante mis playas dichosas.

Una isla de verdor, muelle retiro
donde hay frutas extrañas y sabrosas;
hombres de esbelta robustez que admiro,
mujeres de miradas ardorosas.

Siguiendo tu perfume voy a un puerto
de velas y de mástiles cubierto
por ondas trabajando todavía;

El aire a tamarindo huele en tanto,
y ese olor que respiro, en el alma mía
se mezcla del marino con el canto.

Guatemala, 1905

De profundis clamavi

Desde la sima oscura do he caído
Imploro tu piedad, mi único amor,
En un tétrico mundo desteñado
Do nadan la blasfemia y el horror.

Allí reina seis meses noche oscura
y otros seis sol de helada palidez .
No tiene seres, agua, ni verdura.
Excede a la del polo su aridez.

No hay en la tierra horror ni desconsuelo
Como esa cruel frialdad de sol de hielo
Y esa noche caótica y hostil .

Porque en un sueño estúpido se sume
Mientras el tiempo lento se consume
Su suerte envidia al animal más vil.

La cabellera (La chevelure)

¡Crespa melena de sin par negrura!
¡Sortija de enervante emanación!
Para que pueblen hoy mi alcoba oscura
Los recuerdos que esconde su espesura,
¡La quiero tremolar, como un pendón!

Asia indolente y África fogosa,
Un mundo ausente y casi muerto ya,
Vive en tu corazón, selva aromosa;
Mi espíritu en tu esencia voluptuosa,
Cual otros en la música se va.

Se va donde árbol y hombre en fiebre ardiente
Desfallecen henchidos de vigor;
De remeros, mar de ébano turgente,
Gallardetes y mástiles, latente
Un sueño conteneis deslumbrador.

Un puerto en donde absorbe el pecho mío
Color, sonido, aromas, luz y sol;
Y en éter claro de perenne estío
Abre sus grandes brazos el navío
Que resbala sobre áureo tornasol.

Hundiré delirante mi cabeza
En ese negro mar, do el otro está.
Y al arrullo del tumbo que lo meza
Mi espíritu sutil, fértil pureza,
¡Con deleite otra vez te encontrará!

¡Oh! Pabellón de lobreguez tendido
Que en el cielo azul devuelves a mi afán;
En tus mechas que aspiro enardecido
Me embriagan con aroma confundido
Rachas de coco, almizque y alquitrán.

¡Siempre! Mi mano en tu melena espesa
Para que tú respondas a mi ardor,
¡Derramará rubí, perla y turquesa!
¿No eres copa de ensueño que embelesa
Do me brinda el recuerdo su licor?

María Cruz

María Cruz Arroyo, nació el 12 de mayo de 1876, en la ciudad de Guatemala. Hija del Doctor Fernando Cruz, jurisconsulto, diplomático, poeta, hombre de letras y de doña María Arroyo de Cruz; de este matrimonio nacieron cuatro hijos, siendo María la mayor de todos.

En 1887 cuando tenía sólo once años, falleció su madre; desde entonces, se convirtió en fiel compañera y confidente de su padre. A diferencia de otras mujeres de la época, María recibió una educación completa y esmerada; además del español, hablaba francés, inglés, italiano y alemán; tocaba el arpa, pintaba y bordada.

Durante diez años, de 1902 a 1912, María viajó, escribió versos y se volvió a encontrar con su familia y amigos en Guatemala, pero la fuerza la empuja a realizar un viaje a la India en una búsqueda espiritual. Sin embargo, enferma debido al clima asiático, y vuelve a Francia en 1914.

Al estallar la Primera Guerra Mundial en 1914, se dedica a ayudar a los soldados inválidos, huérfanos y viudas, durante esta labor la sorprendió la muerte en París el 22 de diciembre de 1915. Durante cuarenta y cinco años sus restos descansaron en el cementerio de Passy, al lado de su padre Fernando Cruz y el poeta Domingo Estrada, hasta el 21 de septiembre de 1960 en que los tres cadáveres fueron exhumados para volver a Guatemala.

Su poesía se inscribe dentro de la corriente romántica y modernista, María Cruz forma parte del grupo emergente de mujeres intelectuales de finales del siglo XIX, que mostraron su trabajo en periódicos, revistas de Suramérica, Centroamérica y París.

Contenido

POEMAS DE ALTAMAR

Selénica	6
Navegando	8
La raquera	10
En horas de tristeza	12
El guante	17
Al partir	21
Descanso	23
Epílogo	25

TRADUCCIONES DE POEMAS

DE CHARLES BAUDELAIRE

Perfume exótico (<i>Parfum exotique</i>)	28
De profundis clamavi	29
La cabellera (<i>La chevelure</i>)	30

Acerca de María Cruz	32
-------------------------------	----



Editorial
Cultura